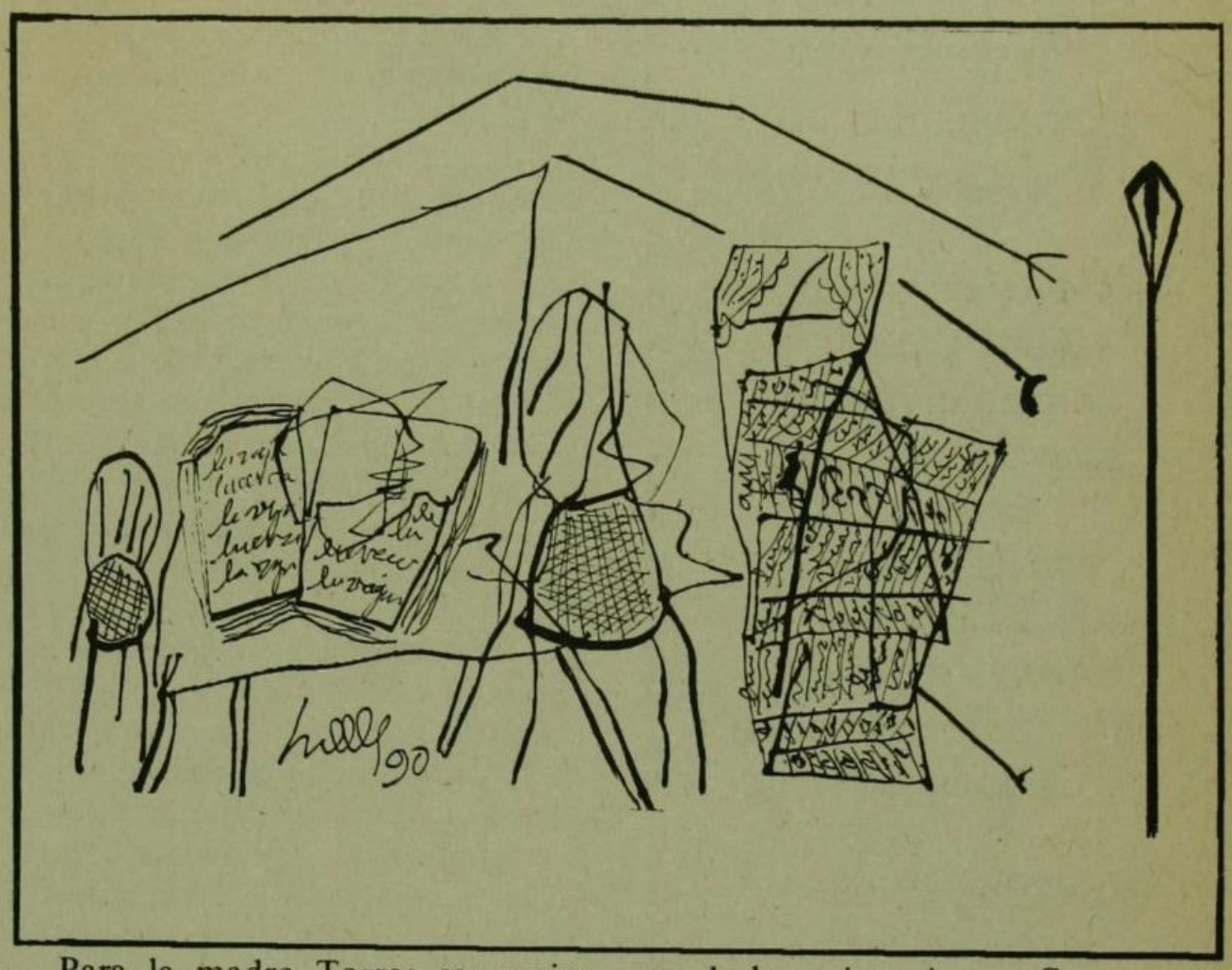
La Madre Torres

Mercedes Charles C.



Mirábamos a la madre Torres con grandes ojos mientras ella decía su discurso matutino. Sus palabras llegaban hasta adentro y tenían el poder de borrar cualquier tranquilidad que pudiéramos sentir a los seis o siete años.

Con ella, la campana que nos llamaba a filas se transformaba en la voz mismísima de Dios, así que, seguir jugando o platicando con las amigas significaba desobedecer directamente a Dios y eso era pecado. De aquí que, al escuchar la campana, sentíamos una orden interna que nos obligaba a correr a más no poder para formar las filas, en silencio, bien derechitas, con los pies juntitos y con cuidado de no salirse de las rayas amarillas que surcaban el patio. Después venía su discurso de todas las mañanas; teníamos que escuchar pasajes de la Biblia, principalmente aquellos que trataban del pecado, del castigo eterno, del demonio.

Estos relatos se entretejían con fuertes regaños por no traer el uniforme bien planchado, por escuchar algunos cuchicheos, por traer moños de colores, por no tener bien boleados los zapatos. Si al final la madre decía un chiste o algo gracioso se escuchaba un suspiro colectivo de alivio: la monja traía buen humor por ese día y eso era buena señal.

Luego llamaba grupo por grupo para que pasara frente a ella y se dirigiera a su salón de clases; el mayor temor era entonces que su boca pronunciara tu nombre. Sabíamos que entonces habría algún problema y fuerte; ya sea por el uniforme incompleto, o por tener gripa o bien, porque no le gustó tu mirada. Y, ese día, iba a ser memorable.

Para la madre Torres ser mujer implicaba descender directamente de un linaje envuelto, desde su origen, en el pecado y en la intriga. Eva, nuestra madre Eva, era la prueba histórica que sostenía su pensamiento.

Con la figura de Eva la madre podía mostrarnos la debilidad femenina, su capacidad de incitación a la desobediencia con base en triquiñuelas, su vanidad y orgullo de mujer que se enfrenta, su soberbia sin límites. Adán, en cambio, salía muy bien parado en toda esta historia: era la víctima ya que fue totalmente engañado por la mujer malvada que lo envolvió e incitó al enfrentamiento con su Dios y Creador.

Así, desde muy chicas, nos inculcaban que por culpa de la mujer se instauró el pecado y la maldad en este mundo, se inició el sufrimiento y Cristo tuvo que venir a la tierra, sufrir mucho y morir; todo por culpa de la mujer primera. Como es de imaginar, para la madre resultaba indispensable purgar, antes que nada, el hecho de haber nacido mujer; de descender del linaje maldito iniciado por Eva.

Lo peor del caso era el hecho de que la madre Torres tenía a su cargo a cerca de 200 niñas, de cinco a siete años, por tanto sentía que tenía mucho trabajo por delante y una misión sublime en esta tierra. Misión que muchas de nosotras tuvimos que pagar con horas y horas en un closet obscuro, con asistir a clases con un antifaz negro y sin agujeros para poder mirar, con horas a pleno sol paradas en el centro del patio cargando alguna silla con los brazos en alto, con rezos de viacrucis a la hora del recreo, con prohibiciones de tomar agua entre comidas.

Ella logró crear en todas nosotras un ambiente de culpa y de pecado.

INVITACIÓN A GABRIELA MISTRAL (1889-1989)

Presentación y selección de *Gladys Rodríguez Valdés*

A través de una prosa fluida y poética recrea el mundo desconocido de la escritora y profundiza en su vida, su infancia, sus amores y el deseo ferviente del hijo que nunca tuvo.

Otros títulos recientes en Tierra Firme:

• Carlos Fuentes
VALIENTE MUNDO NUEVO
Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana

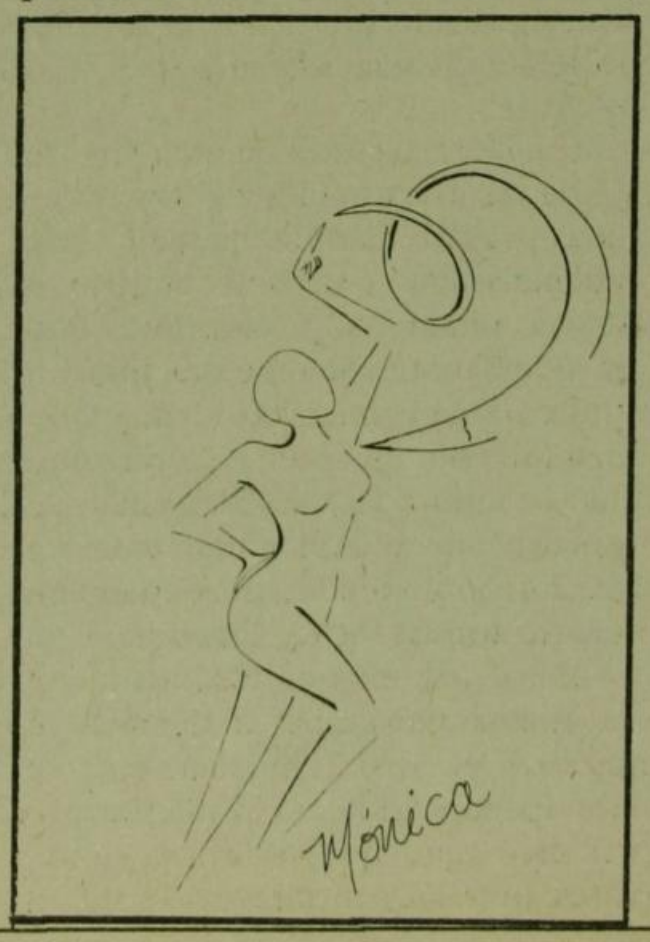
Leopoldo Zea
DISCURSO DESDE LA MARGINACIÓN Y LA BARBARIE

De venta en librerías

En ese entonces comíamos todas en la escuela; si tirábamos sal, aun sin quererlo, cada grano representaba a un recién nacido que, por nuestra culpa, quedaría sin buatizar y, por lo tanto, siempre viviría en pecado y sería condenado en el momento de su muerte; si dejábamos un pedacito de chayote aguado y sinsaboro, eran niños que, por nuestra culpa, tenían hambre y sufrían desnutrición.

Todas las que pasamos por sus manos no podemos olvidar las prácticas que ella realizaba en la cuaresma. La peor de todas era su paso por las filas todas las mañanas de esa época del año, parando frente a cada una de nosotras con un gran corazón de plastilina entre las manos y acompañada de una niña con una pequeña caja con espinas de rosas. Cuando paraba frente a ti, te miraba a los ojos preguntando con voz solemne cuántos pecados habías cometido el día anterior.

En ese entonces, pecar era ¡tan fácil! Bastaba con decirle idiota o estúpido a un hermano, pelearse por el pan dulce favorito a la hora de la cena, leer una historieta impresa con colores marrón, contar alguna picardía, no hacer la tarea con mucho empeño, desear que tu enemiga se tropezara, escuchar las pláticas de novios de las muchachas, espiar los besos que la pareja se daba en la esquina de enfrente. El inventario era muy largo. Por eso, cada día de cuaresma, uno tenía que agarrar un puñito de espinas y mientras las enterrabas, una a una, en el corazón de plastilina, los ojos de la madre te miraban con rabia mientras ella decía: "El corazón de Jesús sangra por tus pecados".



Treinta y varios años después de esta experiencia, aún puedo revivir el sentimiento de pequeñez y de culpa que esta práctica nos provocaba a todas. Quizás las únicas que se salvaron de ella eran aquellas niñas santurronas que eran tan buenas, que no tenían pecado alguno en la conciencia. Ellas, en lugar de enterrar las espinas, tenían el poder de sacar algunas por haber cometido puras acciones buenas. Gracias a ellas, el corazón no terminaba cada mañana pareciendo chayote.

Desde la concepción particular de la madre Torres todas éramos malas; por tanto, era necesario purgar, rezar, confesar, hacer sacrificios, hacernos sentir que, como descendientes de Eva, teníamos un precio muy grande por pagar. A pesar de todas las prácticas expiatorias para limpiar nuestras almas obscuras, almas simplemente de niñas, según la propia madre seguíamos impregnadas de malos sentimientos.

Todas las que pasamos por sus manos hoy en día somos adultas y, todas, aún la recordamos; la mayoría con resentimiento y odio, por haber generado marcas y cicatrices de infancia, que han sido difíciles de olvidar. Puedo adivinar que muchas sesiones de terapia y psicoanálisis han sido dedicadas a ella o a la huella que ella dejó en todas nosotras en un período tan importante de la vida.

Sesiones enteras se han requerido para quitar la culpa de haber nacido, para restaurar autoestimas pisoteadas, para hacer desaparecer el sentimiento de culpa y de pecado, y, sobre todo, para poder sentir orgullo de haber nacido mujer, descendiente de Eva, de la pecaminosa y adorable Eva.